

L A S R O S A S, D E A U S O N I O

Poema latino y traducción, por Julián Motta Salas.

AUSONII ROSAE

Uer erat, et blando mordentia frigora sensu
Spirabat croceo mane reuecta dies.
Strictior Eeos praecesserat aura iugales,
Aestiferum suadens anticipare diem.
Errabam riguis per quadra compita in hortis,
Mature cupiens me uegetare die.
Uidi concretas per gramina flexa pruinas
Pendere, aut olerum stare cacuminibus,
Caulibus et patulis teretes colludere guttas,
Et coelestis aquae pondere tunc grauidas.
Uidi Paestano candere rosaria cultu,
Exoriente nouo roscida Lucifero.
Rara pruinosis canebat gemma frutetis,
Ad primi radios interitura die.
Ambigeres, raperetne rosis Aurora ruborem,
An daret, et flores tingeret orta dies.
Ros unus, color unus, et unum mane duorum:
Sideris et floris nam domina una Uenus.
Forsan et unus odor; sed celsior ille per auras
Diffilatur: spirat proximus iste magis:
Communis Paphie dea sideris, et Dea floris,
Praecipit unius muricis esse habitum.
Momentum intererat, quo se nascentia florum
Germina comparibus diuiderent spatiis.
Haec uiret angusto foliorum tecta galero;
Hanc tenui folio purpura rubra notat.
Haec aperit primi fastigia celsa obelisci,
Mucronem absoluens purpurei capitis.
Uertice collectos illa exsinuabat amictus,
Iam meditans foliis se numerare suis.
Nec mora, ridentis calathi patefecit honorem,

*Prodens inclusi semina densa croci.
 Haec modo, quae toto rutilauerat igne comarum,
 Pallida collapsis deseritur foliis.
 Mirabar celere fugitiua aetate rapinam;
 Et dum nascuntur, consenuisse rosas.
 Ecce et defluxit rutili coma punica floris,
 Dum loquor, et tellus tecta rubore micat.
 Tot species, tantosque ortus, uariosque nouatus
 Una dies aperit, conficit una dies.
 Conquerimur, Natura, breuis quod gratia florum est:
 Ostentata oculis illico dona raris.
 Quam longa una dies, aetas tam longa rosarum;
 Quas pubescentes iuncta senecta premit.
 Quam modo nascentem rutilus conspexit Eous,
 Hanc rediens sero uespere uidit anum.
 Sed bene, quod paucis licet interitura diebus,
 Succedens aeuum prorrogat ipsa suum.
 Collige, uirgo, rosas, dum flos nouus, et noua pubes,
 Et memor esto, aeuum sic properare tuum.*

LAS ROSAS, DE AUSONIO

Era tiempo primaveral y con blando aliento de aromas soplabla la brisa fría y penetrante anunciando el retorno del día con una mañana esplendorosa.

Un viento más frío aún había precedido a los corceles de la aurora, como si quisiese anticipar los calientes rayos del sol.

Vagaba yo por los surcos y cuadrados en los regados huertos, descendiendo recrearme con la munificencia del día, cuando vi la escarcha pendiente del césped, doblado bajo su peso, o suspendida de la extremidad de las legumbres y que jugaban y corrían sobre las anchas hojas de las coles redondas gotas de rocío, grávidas con el peso del agua del ciclo. Vi albear blancos rosales con la gracia de los cultivados en Pesto, cubiertos de rocío al nuevo nacimiento del día. En los arbustos llenos de escarcha brillaba una que otra perla próxima a morir a los primeros rayos del sol.

Dudaría si la Aurora les dio o les quitó a las rosas su color encendido, o si el naciente día tiñó de carmín las flores. Un mismo rocío y un mismo color y una misma gracia matinal procedían de la estrella de la mañana y de la flor, porque ambas tienen por señora a la reina Citerea. Quizá también un solo aroma; mas el de aquella se lo llevan los vientos a las altas regiones del éter, en tanto que éste de la flor se aspira más gratamente. Venus, diosa común a la estrella y a la flor, ha ordenado que una y otra tengan el color del múrice. Había llegado el momento en que los gérmenes nacientes de las flores, creados y desarrollados en un mismo espacio de tiempo, en diversos se dividirían y morirían,

Esta verdea cubierta de estrecha montera de hojas; esotra se muestra con una delgada hoja encendida de púrpura; ésta abre las puntas de su primer botón mostrando el extremo de su empurpurada cabeza; aquélla despliega la clámide extendida sobre su frente, pensando ya en hacer contar sus hojas, y sin tardar abre la pompa de su risueño cáliz legando a los vientos las semillas fecundas del polen dorado que encierra. Mas la que había brillado con todo el fuego de su cabellera, aparece ahora pálida y abandonada de las hojas que caen. Admiraba la rápida rapiña de los días que se van con la edad fugitiva y cómo nacen y envejecen las rosas, cuando he aquí que en menos de nada cae suavemente la cabellera bermeja de la roja flor y que la tierra resplandece cubierta de rubor.

Nos quejamos, oh Naturaleza, de que sea tan breve la belleza de las flores: los dones que nos muestras al instante los arrebatas a nuestros ojos.

Cuan largo es un día, así es la edad de las rosas, a cuya vida temprana va unida y la persigue la cana senectud. Aquella que vio nacer la estrella rutilante de la madrugada, al volver en la hora atardecida de Véspero la encontró marchita. ¡Está bien! Que aunque en pocos días deba morir, prolongará su vida en sus renuevos germinando y floreciendo de nuevo.

Coge, oh virgen, las rosas de la primavera mientras eres como una flor nueva y mientras gozas de juventud, y recuerda que así pasarán tus años como pasan las rosas.

